



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEÓN

Solemne y universal manifestación religiosa de fin de siglo

MENSAJE DE LA COMISIÓN PROMOVEDORA A SU SANTIDAD

BEATÍSIMO PADRE:

En la admirable Encíclica *Praeclara*, que Vuestra Santidad se dignó dirigir al mundo entero el 24 de Junio de 1894, se lee: «El fin del siglo pasado dejó a la Europa llena de ruinas y atemorizada por las revoluciones. Al contrario el siglo que se inclina hacia su ocaso, por qué no deberá transmitir al género humano como herencia auspicios de concordia con la esperanza de los inestimables bienes en la unidad de la fe?»

Estas palabras que Vuestra Santidad, como Maestro y Padre dirigía á todos los hijos de Dios, y que todos acogieron conmovidos y con aplauso, nosotros atentamente las meditamos. Y conociendo sobradamente que en nadie, fuera de Jesucristo, pueden los hombres encontrar salud, y que no existe en la tierra un vinculo de unión más necesario, y divino que el Romano Pontífice, hemos concebido el propósito de recoger aquellas palabras y cooperar á tan santos y saludables fines. Con este nobilísimo objeto quisiéramos constituir desde ahora, para poder extender nuestra acción á su debido tiempo, una Comisión internacional

para preparar á todos los católicos del mundo á cerrar el siglo XIX con un acto de gratitud solemne y universal á Jesucristo Nuestro Redentor, y de amor, obediencia y devoción á Su augusto Vicario en la tierra, el Romano Pontífice.

Este proyecto, oh Santísimo Padre, que nos atrevemos á presentar á Su Santidad, en nuestro nombre y en el de muchos colegas y amigos italianos y extranjeros, necesita grandemente de una paternal aprobación Vuestra y Apostólica Bendición. De su eficacia esperamos que Dios Nuestro Señor fecunde nuestros propósitos, suscite una solemne manifestación capaz de acrecentar más que nunca el fervor de la fraternidad cristiana y de la unión al Romano Pontífice, y prepare mejores dias al mundo en el siglo XX, que esperamos nos traiga al triunfo de la Iglesia y del Papado, el reconocimiento debido, saludable y social de Cristo, Rey de las naciones de todo el mundo.

Postrados á besar el S. pié, nos protestamos de Vuestra Santidad. Boloña, 10 de Julio de 1896

ADICTÍSIMOS HIJOS.

Com. Conde *Juan Acquaderni*,—Mons. *Santiago Radine Tedeschi*.—Comendador *Felipe Tolli*.—Conde *Tomás Borca Règoli*.—Com. *Roberto Casteli*.—Com. *Luis Corsanejo Merlli*—Caballero Ing. *Luis Domini*.—Caballero *Juan Bautista Foresti*.—Comendador Conde *Juan Grosoli*.—Com. Conde *Estanislao Medolago*.—Dr. Conde *Alesandro Acquadern*.—Ing. *Luis Reggiani*.

EMO. Y RMO. SR.

Muy grata ha sido al Santo Padre la idea de celebrar con especiales demostraciones de religiosa piedad la clausura del presente siglo, invocando particularmente las divinas misericordias á fin que los principios del futuro siglo tengan auspicios de paz. Estos sentimientos se ha dignado expresar Su Santidad en el adjunto autógrafo pontificio que tengo el honor de transmitirlos. Y augurando que el piadoso proyecto alcance el mejor éxito, me es grato reiteraros las seguridades de mi profunda veneración, y besándoos humildemente las manos, me confirmo.

De Vuestra Eminencia.—Roma, 21 de Julio de 1896.—*Hu-
milde adictísimo y verdadero servidor*, M. CARD. RAMPOLLA.—
Sr, Card. Domingo Svampa, Arzobispo de Boloña.

A nuestro querido hijo Domingo de la S. R. I., del
título de san Onofre, Presbítero Cardenal Svampa
Arzobispo de Bolonia.

LEON, PAPA XIII

Querido Hijo nuestro, salud y bendición Apostólica

Elevados por la Divina Providencia en tiempos difícilísimos
á la Cátedra de Pedro, no deseamos más que procurar por todos
los medios posibles á la familia humana, demasiado trabajada por
sus largas discordias, la paz, origen de todos los bienes.

Siempre se dirigieron á este fin nuestros pensamientos y
por ello en diversas Encíclicas hemos tratado del orden de los
Estados, de la verdadera libertad, de la condición de los obreros,
de la santidad del matrimonio. y finalmente de las insidias que
el socialismo con sus utopias y las sectas con sus engaños pre-
paran á la sociedad.

Ultimamente, al avanzar nuestra edad, viéndonos hoy al fin
de nuestros dias, nos plugo invitar de nuevo á los príncipes y á
los pueblos todos á establecer y mantener la paz y á enseñar á
todas las gentes la Iglesia de Jesucristo como vínculo seguro
de unión, teniendo en el Señor viva confianza de que el siglo
próximo deba inaugurarse con los auspicios de la suspirada con-
cordia.

Para secundar estos nuestros votos, inspirados por el pater-
nal afecto del alma, algunos insignes personajes tuvieron el
pensamiento de significar con una solemne y universal manifes-
tación religiosa el fin del presente siglo. Nos aprobamos com-
pletamente este designio; y si bien por los grandes beneficios con
que Dios premia la piedad de los fieles, debemos movernos á ren-
dir á la Divina providencia la debida acción de gracias, es tam-
bién necesario en otro aspecto que los corazones se exciten á
implorar con humilde y fervorosa plegaria las divinas misericor-
dias para los acontecimientos humanos.

¡Que escuche el clementísimo Dios los gemidos de los que oran, y aplacado con la sangre de Cristo Redentor, acuda piadoso en auxilio de Sión! Mientras tanto que obtenga el favor y la ayuda de la gracia celestial este óptimo deseo de los fieles, sea auspicio de éste y testimonio de nuestra benevolencia la apostólica bendición que á tí, querido Hijo nuestro, y al Comité promovedor de estas fiestas damos en el Señor con el mayor afecto.

Dado en Roma junto á San Pedro el día 19 de Julio del año 1896, décimonono de nuestro Pontificado,

LEÓN, PAPA XIII.

IDEAS DE FIN DE SIGLO

El bautismo de la revolución.

Sobre este tema se ha publicado un artículo notable en una Revista francesa, que no deja de tener también aplicación á las demás naciones, que más ó menos están sufriendo la perniciosa influencia de las doctrinas revolucionarias, ó sea de los pretendidos derechos del hombre, proclamados en Francia, como fuente de toda justicia y de todo sistema de Gobierno y creyéndole de actualidad, ha parecido conveniente insertarle en este BOLETÍN.

Se dice en el referido artículo:

I.

«No se trata de destruir la revolución, sino de bautizarla». Tal es la forma con que M. Lami termina su resumen de la brillante disertación puesta al fin del libro titulado *La Francia cristiana en la historia*. La idea es oportuna y viene á su tiempo, nadie dirá que sea prematura, puesto que todo un siglo de experiencias y de tentativas para conciliarse y vivir honestamente con esta criatura, venida al mundo sin bautismo, ha demostrado la inutilidad de todos los medios de conciliación así como también los peligros de todo compromiso con ella. La Francia celebra al centenario de otro bautismo que la ha hecho vivir catorce siglos bajo un poder cristiano. ¿Por qué bajo otra forma diversa si se quiere, pero animado de la misma fe, no podría salir un nuevo poder del Bautisterio de Reims, en que Clodoveo y sus fran-

cos fueron regenerados? Este pensamiento se impone de alguna manera en medio de las fiestas en que se celebran los recuerdos de lo pasado y excitan las esperanzas del porvenir.

El mismo soberano Pontífice le expresa en su hermosa carta en la que abriendo para la Francia los tesoros de la Iglesia; concede al pueblo de Clodoveo la gracia de un jubileo nacional. Por todas partes se han hecho comparaciones entre ambas épocas, unidas en una misma solemnidad, y se ha creído posible á la aurora del siglo XX el milagro renovador de 496. Por el bautismo de un Rey, escribe M. Lami, La Francia se hizo la iniciadora de la civilización bajo la forma de la monarquía cristiana. Por el bautismo del pueblo, la Francia debe continuar y aumentar esta civilización bajo la forma de la democracia cristiana. En suma, hoy se trata como en tiempos de Clodoveo de restablecer el poder tal como debería ser siempre, es decir, devolverle su carácter de ministro de Dios para el bien.

Esto es precisamente lo que la revolución le ha quitado. El pueblo Franco encontró á la Galia cubierta ya de hombres bautizados, cuando, siguiendo el ejemplo de su Rey, se hizo cristiano. No se trata, pues, al presente de sacar del paganismo á los hombres de la democracia contemporánea, sino más bien de cristianizar á esa democracia, ó sea, á esas cien mil cabezas á quienes la revolución ha separado de Dios y de la Iglesia. La obra no es fácil; sin embargo, esto no es razón para no intentarlo.

Hace algunos años á nadie de entre los católicos le había ocurrido la idea de bautizar á la criatura nacida en el 89. No se hablaba de otra cosa sino de acabar con ella. Se decía resueltamente, nosotros somos y seremos siempre la *contra-revolución*. Esta palabra asustó al liberalismo. Quiso ver en ella todo un programa de retroceso al antiguo régimen, á los tres órdenes, á los diezmos, á la monarquía absoluta y hasta la misma esclavitud. No se quería ver en ella la intención de hombres que sueñan ó buscan una cosa que sea mejor que el parlamentarismo y el poder del número para dirigir á los pueblos. A pesar de sus protestas, hubo empeño de representar á estos enemigos de la revolución como los peores revolucionarios. No escasearon para ellos las acusaciones de imprudencia, de torpeza, de ignorancia y, á causa de haber intentado hacer una edición corregida de la carta

del 89, fueron calificados de ciegos, retrógrados y hasta de enemigos del Estado y de la Iglesia. Se les ha dicho que con respecto á la revolución iban contra la sabiduría cristiana y contra la conducta de Roma, alegando en prueba de esta afirmación el Concordato que el soberano Pontífice no dudó celebrar con el general Bonaparte, con aquel general victorioso, á quien se representa como verdadero autor de la revolución. Aserción infundada y argumento ilógico, que, por probar demasiado, no prueba nada. Preténdese con eso demostrar nada menos que cuando la Iglesia trata sobre un punto particular con un gobierno, aprueba el principio mismo sobre que está fundado ese poder y los actos que él se promete en virtud de la autoridad de que está en posesión más ó menos legítimamente.

Sea de esto lo que quiera, hoy ya no se habla entre católicos de contra-revolución. Una fórmula nueva ha sustituido á la consigna que en apariencia se manifestaba demasiado radical y que á juicio de algunos traspasaba los límites de legítimas reivindicaciones. Se trata, pues, de bautizar eso que antes quería destruirse. Mas si se quiere llegar á esa unión de espíritus y corazones tan deseada y tan vanamente buscada hace ya largo tiempo, es preciso dar á las fórmulas ó á las palabras su valor real y su exacta significación. He ahí por qué bajo el pretexto de valor desplegado en favor de teorías verdaderas en principio, pero exageradas en la forma, muchos hombres llenos de ardor y de celo, han desperdiciado mucha tinta, mucho dinero y no menos trabajo, sin haber adelantado un paso ni la cuestión social ni la cuestión religiosa. Luego cuando se habla de bautizar la revolución es necesario precisar qué es lo que de ella se quiere sumergir en las aguas regeneradoras. En efecto no se puede presentar al mundo como una herencia de familia, cuyas partes, aun las más pequeñas son preciosas, ó como una necesidad fatal que se impone, ó como un todo que debe ser aceptado íntegramente. Dificil es formarse una idea de la revolución, tal como cada uno de nosotros la conoce, entrando como Clodoveo en el Bautisterio de Reims, y saliendo regenerada, sin haber antes hecho un acto de contrición y de renuncia á todos y cada uno de sus errores. Téngase en cuenta que se trata de bautizar á un adulto. No decimos un anciano, si bien han pasado ya sobre su cabeza cien años, y

que ya se presentan las señales de decrepitud por todas partes descomponiendo ese organismo gastado por excesos de todo género. Todavía es tiempo de interrogar á ese catecúmeno sobre su origen, su pasado, sus sentimientos y sus obras, y de escuchar la humilde confesión de sus faltas, antes de juzgarle digno de llevar el nombre de cristiano. Quizás entonces esa idea del bautismo aplicada á la revolución se parecerá mucho á otras que han salido á luz en este fin de siglo, cuyo menor inconveniente es el de condenar á un aborto fatal los esfuerzos de sus autores.

II.

¿Por ventura la revolución tiene necesidad de un bautismo por que es un cambio de régimen, un rompimiento con el pasado histórico de la nación, la caída de un orden de cosas secular y la inauguración de un sistema de gobierno mental y social, fundado sobre principios nuevos? Seguramente que no. La Providencia no ha condenado á las naciones á la inmovilidad, no las ha enseñado un camino único, ni ha fijado de una manera invariable la forma bajo de la cual han de ser gobernadas. Tampoco la providencia ha dicho que sea un bien para las naciones abandonar de repente sus tradiciones nacionales, el pasar sin transición natural de un orden á otro orden, el destruirlo todo sin mas razón de que hay mucho que renovar. He ahí por qué si es cierto que una forma de gobierno conviene mejor que otra cualquiera á un pueblo determinado, tampoco es menos cierto que bajo la acción del tiempo y de los acontecimientos, esa forma podrá sufrir modificaciones y hasta cambiar radicalmente sin que la Iglesia desaprobe las variaciones que respeten la justicia y los derechos establecidos. No se trata, por consiguiente, de llevar á Reims una república para sacar de allí una monarquía. La una y la otra pueden ser revolucionarias, y nosotros rechazamos de la misma manera un trono servidor apasionado de la revolución que una democracia fundada sobre el ateísmo. Busquemos, pues, en otra parte la razón de esa incompatibilidad manifiesta entre la Francia católica y el espíritu de la revolución. Y para este fin debemos remontarnos á los orígenes del orden actual, así político como social.

Cuando uno no quiere pagarse de palabras ni fiar en las apariencias, y, sobre todo, cuando uno sale sin temor al encuentro de

ideas preconcebidas, no cuesta gran trabajo el descubrir el pecado original de la revolución; ese pecado que, ante todo, debe ser borrado por el bautismo que se pretende administrarla. Y, ante todo, es preciso que cese la injuria que se hace á la Francia repitiendo que es hija legítima suya esa criatura del 89. Nada hay mas contrario á la verdad. Hace ya mucho tiempo que Taine, quizás sin quererlo, ha hecho justicia á semejante imputación. La revolución ha salido, sin duda alguna, de una bacanal ó desorden intelectual, del que las altas clases no supieron, por desgracia, preservarse, pero que no había contaminado la masa del pueblo. El protestantismo y el galicanismo habían preparado mucho antes la obra. El triste honor de merecer la paternidad corresponde á los filósofos racionalistas, sensualistas y mentores del siglo XVIII. Esta es cosa demasiado conocida para que haya necesidad de insistir sobre ella. El error y la voluptuosidad han presidido este monstruoso alumbramiento. La voluntad de la nación no le fué favorable en un principio. La nación fué más tarde arrastrada por miserables que la engañaron; pero la historia sincera no dirá jamás que la Francia del 89 haya querido destruirse á sí misma dando á luz un mónstruo que debía devorarla.

(Se continuará.)

Administración del Hospital de S. Antonio Abad de León

Por renuncia de D. Gerónimo Maestro, se halla vacante en dicho Hospital una plaza de Capellán agonizante, dotada con mil pesetas anuales y habitación dentro del mismo. Los señores Sacerdotes á quienes convenga pretenderla, presentarán sus solicitudes en la oficina de esta Administración, dentro del término de doce dias, contados desde la fecha de este anuncio, dirigidas á los Excelentísimos señores Patronos y acompañadas de sus respectivas licencias de confesar, certificados de méritos y estudios literarios, y el que les acredite hallarse aprobados en Concurso ó quasi-Concurso. Al hacer la presentación se les pondrán de manifiesto las obligaciones que tienen impuestas por Reglamento.

León, 1.º de Febrero de 1897.—El Administrador, *Domingo Argüeso*, Canónigo de la Catedral.